

Para anunciar el paso del viajero
 A quien al postrimer asilo llevan,
 Y acompañar los funerales cantos
 Del sacerdote, orillas de la huesa.—
 Es la querida esposa, la fiel madre
 Arrebatada por la muerte fiera
 A los amante brazos del esposo
 Y al blando halago y las caricias tiernas
 De los infantes que llevó en el seno
 Y alimentó a sus pechos dulce y buena.
 ¡Ay! que tan fuertes lazos quedan rotos
 Y habita del sepulcro en las tinieblas
 La vigilante madre de familia
 Que a su afán y su amor nunca dió treguas;
 Y a su desierto hogar vendrá una extraña
 A regir a los niños con dureza!

—

Mientras la fundida campana se enfría,
 Cada cual descansa del afán del día,
 Así como el ave que torna al vergel.
 Es al jornalero señal de alegría
 La luz de la estrella; en cuanto al maestro
 Ni un punto sosiega; velando está fiel.

—

Por llegar a su casa el caminante,
 De la selva al través, aviva el paso;

La juguetona oveja, el buey tardío
 Y el toro bramador van al establo.
 Con alta cumbre de dorada espiga
 Pesado y vacilante avanza el carro;
 Orla de flores en los haces puesta
 Anuncia de la siega los trabajos,
 Y acuden los alegres labradores
 A la festiva danza allá en el campo.
 En las plazas y calles el silencio
 Al bullicio sucede acá en poblado,
 Y en cada hogar, y de la luz en torno,
 La familia se junta en ocio grato.
 Sobre los gonces de macizo hierro
 De la ciudad las puertas ya giraron.
 Velo de oscuridad la tierra cubre;
 Mas la noche, que en vela tiene al malo,
 Al vecino pacífico no asusta,
 Que alerta la justicia queda en tanto.

¡Orden, del cielo emanación bendita!
 Formas libres uniones, nobles lazos;
 De las ciudades el cimiento echaste,
 Las selvas a dejar moviste al bárbaro.
 Entrás en la morada de los hombres
 Y sus costumbres vas dulcificando,
 Y haces que en todos ellos uno sea
 De la patria común el amor santo.

Obran por tí de acuerdo y se sostienen
 En la mutua labor mil y mil brazos,

Y se despliegan las humanas fuerzas
 Todas en movimiento combinado.
 Siguen, de libertad bajo la egida,
 En su tarea maestros y operarios,
 Contento cada cual con su destino,
 El desdén del ocioso despreciando.
 De ciudadanos el trabajo es honra
 Y la prosperidad lo premia al cabo:
 Si el rey su dignidad con gloria lleva,
 Gloria su condición dá al artesano.

¡Dulce y amada paz, unión dichosa!
 Siempre permaneced a nuestro lado,
 Y nunca llegue el borrascoso día
 En que tropel de gentes sanguinario
 Atraviése este valle, y en que el cielo,
 Hoy teñido de púrpura al Ocaso,
 La luz refleje del incendio horrible
 Que en ciudades y pueblos halla pasto.

Perfecta la obra, premiado el trabajo,
 Los ojos y el alma se alegren al ver!
 Ya el molde ha servido; hiéralo el martillo,
 Hiéranlo sus golpes rudos de alto abajo:
 De nuestra campana para ver el brillo
 Preciso es que rota la envoltura esté.

Con hábil mano, en el momento dado,
 Romper sabe el maestro el fuerte molde;
 Mas ¡ay si lo quebranta por sí mismo
 Y en río ardiente se derrama el bronce!
 En su ciego furor tronando estalla,
 Siembra la destrucción por donde corre,
 Y de volcán cual encendido cráter
 Llamas que dan horror vomita entonces.
 Allí do reinan las brutales fuerzas
 Obra cabal no es dado que se logre;
 Ni el bienestar subsiste entre los pueblos
 Si el yugo por sí mismos ellos rompen.

¡Ay si de tiempo atrás arde la chispa
 En el seno de vastas poblaciones
 Y si la turba, destrozando el freno,
 Se entrega a sus instintos destructores!
 Ya del cordón de la campana asida,
 En ella de rebato ensaya el toque,
 Trocando así de muerte en instrumento
 Lo que de paz con miras construyóse.

«¡Libertad, igualdad!» Estas palabras
 Por doquiera resuenan, y los hombres
 De carácter más blando ármanse luego:
 Puebla las calles multitud innoble,
 Y aterradoras bandas de asesinos
 De extremo a extremo la ciudad recorren.
 En hienas convertidas las mujeres,
 De la lid toman parte en los horrores;

Con los dientes el pecho del vencido,
 Gozándose en el mal, rasgan feroces.
 Nada es sagrado ya; todos los lazos,
 Todo recato púdico se rompen;
 Al malvado su puesto cede el bueno,
 Alta el crimen la frente, asesta el golpe.
 Terrible es el león cuando despierta,
 Y la boca del tigre espanto pone;
 Pero nada semeja al sér humano
 De su delirio en la funesta noche.
 ¡Mal hayan los incautos que a este ciego
 Tea brillante dan! Sus resplandores
 Él no aprovecha, y en sus manos puede
 Incendiar las ciudades y los montes.

—

Dios ha bendecido la obra de mis manos;
 Ved cómo aparece, cayendo la arcilla,
 La oculta campana; vedla cómo brilla
 De arriba hasta el borde, luciente cual sol:
 Ved cómo el escudo salió claro y limpio,
 Señal de que el molde tuvo perfección.
 Venid, compañeros, poneos en torno.
 ¡Ea! ¡A bautizarla! ¡CONCORDIA se nombre!
 ¡Jamás sus tañidos convoquen al hombre
 Sino para fiestas de paz y de amor!

Que por su propio artífice ella sea
 A tan noble destino consagrada.
 De la terrestre vida puesta encima,
 Bajo el azul del cielo soberana
 Se ha de mecer, a la región del trueno
 Y a los brillantes astros inmediata.
 Será su voz armoniosa y grave
 Cual la de los planetas que en su marcha
 Por el inmenso espacio, el curso arreglan
 Del año, y al Criador juntos alaban.
 Que su labio de bronce no se ocupe
 Sino de cosas útiles y santas,
 Y a cada hora el fugitivo tiempo
 Lo hiera con el golpe de sus alas.
 Que, a sentimiento ajena, fiel anuncie
 Los accidentes de la vida humana;
 Y que repita a nuestro oído siempre
 Que todo acá en la tierra en breve pasa,
 Como el acento suyo, no bien vibra,
 Se apaga y muere en las regiones altas.

—

Ahora por medio de cables robustos
 La nueva campana saquemos del foso;
 Que ascienda a los aires y en són majestoso
 Infunda alegría al campo y ciudad.
 ¡Dóblese el esfuerzo! ¡Mirad, ya se mueve!
 ¡Ya crugen los cables! ¡Ya sube triunfante!
 ¡Su acento primero resuene al instante,
 Consigo a los pueblos trayendo la paz!